

pudo encontrar fué una ocupacion que le embargaba nueve horas al día y le reportaba quince duros al mes. En esta gran miseria y en este ímprobo trabajo consumió su salud hasta el punto de quedarse en la mayor estenuacion y escupir diariamente sangre. Y sin embargo su inteligencia no se eclipsaba, su pluma no se detenía; llamaba á las puertas de las Tullerías, del Instituto, de la Sorbona, de los sábios, de los cancilleres y chambelanes, pidiendo atencion á su pensamiento, y brindándose á coadyuvar á la obra por excelencia del siglo, á la fundacion de una nueva Enciclopedia. Su familia, por fin, le dió una corta pension y con ella tuvo ménos inquietud por su suerte y más espacio para sus proyectos.

Pero ¡ah! que todos fracasaron. Lo más que lograba era alguna suscripcion de los discípulos para publicar sus obras. Un día, verdaderamente nefasto, entristecido por los recuerdos de lo pasado, amargadísimo por las zozobras de lo presente, desesperado de lo porvenir, viendo su hogar sin lumbré, su mesa sin pan, sus proyectos sin posibilidad de realizacion, depuso su reló sobre la tosca mesa de estudio, junto á su reló su pistola, señaló sereno la hora en que debía pasar de este mundo; y al sonar el minuto señalado, se disparó un pistoletazo al cerebro. La bala se le llevó un ojo y parte del cráneo; pero no se le llevó la vida. El cerebro pudo trabajar y pensar como en los mejores tiempos. De las siete postas con que habia cargado el arma, ninguna le entró en los sesos. Curóse, y consiguió que sus amigos redobláran sus atenciones y le dieran algunos recursos para la publicacion de sus obras. Pero al fin, los años y los trabajos vencieron aquella naturaleza tan poderosa y tan fuerte, que en luchas con la sociedad y el pensamiento habia consumido una gran parte de su vigor y de su sávia. En el lecho de la pobreza; rodeado de sus amigos del corazón y de la inteligencia; asistido por los

primeros médicos de París; sereno, á pesar de que sabia á ciencia cierta las pocas horas de vida que le quedaban; departiendo sobre la renovacion social y sus resultados, sobre las revelaciones que aún guardaba el cielo, y las metamorfosis que habia de sufrir la tierra; viendo en idea la humanidad regenerada por su doctrina, entregó el alma al cielo, el cuerpo al planeta, con la plenitud de conocimiento y la serenidad de juicio que el sábio maestro de la antigua Grecia.

Esta doctrina, como todas las doctrinas socialistas, tiraba á destruir la naturaleza humana. Sombra que pasa un momento por el espacio, cae el hombre en el abatimiento, si no procurais en las leyes, satisfacer su sed de inmortalidad. Y hay dos instituciones en las cuales se sobrevive á sí mismo el individuo; la una es la familia y la otra es la herencia. Por la primera extiende sus sentimientos, y por la segunda sus obras allende la muerte. Si su familia no le interesa; si la suerte de sus hijos no le inquieta, ¡ah! tened por seguro que el hombre no seafanará en el trabajo ni se fortalecerá en el ahorro. ¿Qué le vá en dejar obras imperecederas si las deja en mitad del camino á la ambicion, á la audacia, á la codicia del primer ocupante, ó á la reglamentacion sin entrañas del Estado? Cuando el anciano encorvado sobre la tierra que le llama, vé sonreír á sus netezuelos, planta el árbol, que ha de dar sombra de consuelo en el estío á sus herederos, y sombra de agradecimiento en todo tiempo á su sepulcro. Y estas dos instituciones fundamentales de la familia y de la herencia eran destruidas por la doctrina sansimoniana. En realidad un poder irresponsable é infalible disponia de las personas y de las cosas dentro de esta nueva Iglesia. Este poder era un pontificado, que bien al revés del antiguo, tenia por objeto, no el dominio espiritual sobre las conciencias, sino el dominio material sobre la industria; no la rehabilitacion del espíritu redimido por el Cristo, sino la rehabilitacion de

la carne macerada por las pénitencias de la Edad Media. A cada capacidad la juzgaba según sus obras; á cada obra según su mérito. Mas para juzgar la obra de las capacidades, y los méritos de la obra, no habia mas remedio que crear un poder destinado tarde ó temprano á convertirse en absolutismo, y en absolutismo teocrático. ¡Cómo! La Iglesia solo tenia que consagrarse á la religion; al juicio y aprecio de las buenas y las malas obras, según el criterio moral; y necesitaba un Papa infalible y cuasi divino; un colegio de cardenales destinados á la asistencia del Papa; arzobispos en todas las grandes ciudades eclesiásticas rodeados de numeroso cabildo; obispos en las provincias, semejantes á las antiguas autoridades romanas; cura y vicario en cada parroquia; el instrumento de la confesion; el prestigio de las ceremonias, el sortilegio del arte; la facultad omnímoda de atar y desatar así en la tierra como en el cielo; el brazo del poder civil que constriñera á los remisos al cumplimiento del deber religioso y llevara á los relapsos al fuego de la Inquisicion; la obediencia de los emperadores, de los reyes, de los pueblos, la supremacia sobre el Estado; y una Iglesia nueva que habia de poseer propiedades y personas; que habia de medir los grados de capacidad en cada individuo; que habia de estudiar y examinar sus obras; que habia de repartir entre estas obras el precio de su mérito; que habia de regular toda la vida, y habia de presidir al trabajo industrial del planeta, necesitaba con mayor razon Papas infalibles, poderes autoritarios, castas privilegiadas, aristocracias inmóviles, magistrados dependientes de los poderes públicos, delegados despóticos á la manera de los antiguos imperiales, una sociedad, en fin, que á título de renovar Europa, fuera como la resurreccion y el remedo del Asia.

San Simón creia que el mundo necesitaba lo mismo que el pueblo judío cuando se presentó Moisés; lo mismo que el pueblo romano cuando se presentó Cristo; lo mismo que

el pueblo cristiano cuando se presentó Francisco de Asís; lo mismo que los pueblos modernos cuando se presentó Lutero; un verdadero innovador religioso, un profeta, que convirtiera las piedras en tribunas, que llegara con la espada invisible de su palabra á todos los corazones, que renovase la sangre y las almas, que viviera solo por su doctrina, por la predicacion de esta doctrina, por los apóstoles, por los creyentes y por los sectarios, hasta morir, si era posible, por su fé, como han muerto casi todos los redentores en el mundo. Despues de los sucesos ocurridos á fines del siglo décimo-octavo; caidas las cabezas regias desde las cimas de la sociedad á las tablas del cadalso; dispersos los sacerdotes y cerrados los templos; el culto á Dios reemplazado por el culto á la razon; las almas inciertas entre las antiguas y las nuevas creencias; la tierra sedienta de una lluvia de ideas religiosas como en aquellos tiempos en que el imperio romano desarraigara toda fé; el profeta habia estudiado la ley de la gravitacion cósmica y la ley de la gravitacion social; las trasformaciones de las especies y las trasformaciones de los pueblos; deduciendo la necesidad de un nuevo cristianismo que redimiera la materia como el primitivo cristianismo habia redimido el espíritu; pues así como durante la Edad Media, en todas las naciones reinaba la ley de variedad con el régimen del feudalismo, y sobre todas las naciones la unidad con el poder de los pontífices, ahora debe reinar la misma variedad en el régimen liberal, y sobre esta variedad la misma unidad en el poder supremo del Pontificado industrial, que dirija las sociedades á la plenitud de sus derechos y al cumplimiento de sus destinos. Pero toda esta sociedad, cambiados los términos, cambiadas las denominaciones, en su fondo es la misma sociedad antigua y dará los mismos resultados; la creacion de una aristocracia industrial y la esterilidad del trabajo sobre la faz de una tierra, desolada por la implacable reglamentacion del Estado y

yerta bajo la glacial autoridad de las castas, como el petrificado Oriente.

San Simon habia dicho una gran verdad en sus obras, á saber: que desposeyendo á Francia de sus cincuenta primeros sabios, de sus cincuenta primeros artistas, de sus cincuenta primeros industriales, de sus cincuenta primeros trabajadores, se la desposeia de todo aquello que realmente formaba su genio, mientras que desposeyéndola de su rey, de su príncipe heredero, de las princesas y delfines, de los chambelanes y camareros, de los duques y condes, en realidad, no perdía un átomo de peso, ni un matiz de esplendor, ni una pulgada de grandeza. Esta idea y la idea del paralelismo entre la familia destronada de los Estuardos con la familia próxima á ser destronada de los Borbones, fueron los dos escritos más parecidos á dos actos políticos en toda su existencia. Y sin embargo, cuando muerto el fundador, creada la escuela, divulgados sus principios, organizada la asociación, vino el sacudimiento de Julio, y con él nuevas esperanzas al corazón de las muchedumbres, y nuevas ideas á la inteligencia de los reformadores, tuvieron á gala en su mayor parte los sansimonianos afectar completa indiferencia. Para ellos el liberalismo no pasaba de ser un protestantismo negativo, y la salvación de la sociedad estribaba en la teología industrial, en las sensuales revelaciones del nuevo Evangelio, en el organismo de las castas, en la Iglesia pontificia y teocrática llamada á sustituir el régimen católico-feudal de la Edad Media con el régimen cristiano social de los modernos tiempos, anunciados por el nuevo revelador que se llamaba San Simon.

Su doctrina no era pues una doctrina económica; era también una doctrina religiosa. El mundo debía dividirse en sabios, artistas e industriales. A los primeros les tocaba la dirección de la sociedad. Reunidos en colegio debían designar un Papa que se llamaba Padre. Pero el hombre solo era el ser indivi-

dual, y no era el ser en toda su plenitud, no era el ser social. Componíase el ser social del hombre redimido y de la mujer rehabilitada. Al misticismo católico se oponía la rehabilitación de la carne. A todas las funciones sociales debía presidir un matrimonio, un hombre y una mujer, porque solamente así la personalidad humana aparecía completa en el mundo y en la naturaleza. El discípulo por excelencia, el San Pedro del nuevo Cristianismo, el Padre Infantin, que divulgaba la doctrina, que escribía diariamente innumerables cartas, que dejaba su oficio de comerciante por su oficio de revelador, que llamaba á todas las puertas, que hacía innumerables cuestaciones, que dirigía advertencias á unos, consejos á otros, lecciones y enseñanzas á todos, se había elevado á la categoría de Papa. Jamás en los tiempos más místicos de la Edad Media, se consagró á un Papa católico el lírico lenguaje de cortesana adulación que consagraban sus sectarios al Papa sansimoniano. Llamábanle Padre, luz del mundo, revelador de la verdad, espejo del cielo, alegría de los creyentes, regocijo de la tierra, gloria del espacio y otros loores dignos de continuar esta ridícula letanía. Celebraban ceremonias en que se vestían hábitos diversos, según los diversos grados; en que se pronunciaban sermones henchidos de misticismo erótico; en que se cantaban himnos más notables por su claridad é ingenuidad, que por sus bellezas músicas ó literarias. El ministerio que dió á la mujer en sus reuniones; la rehabilitación de la carne; la poderosa Iglesia que imitaba todo el vocabulario de las antiguas liturgias; las propuestas de suprimir la familia y la herencia; el carácter político que iba poco á poco revistiendo la secta, concluyeron por llevarla ante los tribunales y por escandalizar en el proceso á la opinión, en tales términos, que no pudo resistir al golpe airado del ridículo, y tuvo que morir rodeada de la odiosidad universal para ser enterrada en completo y desdeñoso olvido. Allá, cuando el imperio

francés se encontraba en el apogeo, y la democracia francesa en la proscripción, todo el mundo señalaba á los sansimonianos como los acaparadores de las grandes empresas mercantiles, como los chambelanes del César, como los divulgadores asalariados del mesianismo bonapartista, como los cortesanos retribuidos de la dictadura socialista, á cuyo calor rehabilitaron grandemente su carne, y satisficieron los apetitos de sus vientres.

Ya en este camino el socialismo no podía detenerse ante ningún obstáculo, ni dejar de intentar y difundir ninguna utopía. Tras el revelador, tras el sicofanta vino el hechicero, el mago, el Theurgo, que quiso para cambiar las condiciones sociales, cambiar también las condiciones cosmológicas, arrojar en los espacios una nueva creación donde pudiese vivir y desarrollarse la humanidad regenerada. Las ciencias todas debían cambiar radicalmente. Nuestro globo tendría espléndidas noches y bellísimos satélites no soñados por los poetas; las aguas del mar, perderían su amargo dejo, endulzándose súbitamente al contacto de los nuevos agentes químicos diseminados por los aires; cada hombre aumentaría sus órganos corporales y sus facultades perceptivas, comunicándose por medio de corrientes magnéticas con todos los ciudadanos del planeta; la moral cambiaría de base, y en vez de refrenar las pasiones, dejarías sueltas, entregadas á sus impulsos, bebiendo sin cesar en el manantial de todos los placeres; la política perdería su carácter antiguo para convertirse en una mera economía; y desde los cimientos de la tierra, hasta la bóveda de los cielos, desde el hombre interior, hasta la sociedad, todo se cambiaría en una serie ascendente de milagrosas transformaciones.

¡Qué más! Ya sabéis lo que significa, lo que representa, lo que vale el dolor. Nos apena, pero también nos corrige; desasosiega nuestros días y nos angustia en nuestras noches, pero también nos eleva; arranca gotas de san-

gre al corazón y lágrimas á los ojos, pero también sirve de aguijón al trabajo, de incentivo al combate; y en tales términos, que si suprimiérais el dolor, suprimiríais el mérito mayor á nuestras obras, y la mayor sublimidad á nuestra vida. Y ya sabéis lo que vale, lo que significa, lo que importa la muerte. Aniquila, nos borra de la superficie de la tierra; confunde nuestros huesos con los minerales en lo fríos y en lo inertes; hace de nuestros átomos estiércol para abonar nuevos seres; pero también renueva las generaciones, también rejuvenece la vida, también dá una inmortal perennidad á los seres, también es la mariposa que nace de la informe larva, y que asegura, al llevarse los frutos caídos del árbol del organismo una eterna primavera de renovación, de progreso á las especies, y muy particularmente á la especie humana. Pues la muerte y el dolor se suprimen por completo en esta utopía socialista.

El hombre es un sultán epicúreo y el mundo su serrallo. La tierra se cubrirá de flores para perfumarlo; el cielo de estrellas para esclarecerlo y dirigirlo; cada uno de sus deseos será en el acto satisfecho; cada una de sus satisfacciones será un placer sin ejemplo en nuestros tiempos de guerra, y sin nombre en nuestras miserables lenguas. Adios la inquietud del deseo, la angustia de la incertidumbre, la pena del esfuerzo, el sudor del trabajo, el tormento del artista, el ¡ay! del enamorado, la tristeza del anciano, el dolor de la madre; porque de todas las flores se caerán inmediatamente todas las espinas. Gozar, subir en las escalas del organismo, subir todavía más en las esferas, bañarse en el éter, pasar por diversos planetas, ascender hasta el foco de la vida, hasta el sol, y desde el sol hasta nuevos torbellinos de mundos y de soles; ver en una especie de transparencia universal todos los secretos de la creación, es el destino del hombre que ha pisoteado la serpiente de las contradicciones, y ha entrado en el cielo de las eternas armonías.

Si el hombre cambia de medios, de instrumentos, cambiará también de vida y de destino en la vida. El hombre primitivo usa de la piedra y vive en la barbarie. Cuando encuentra el hierro ya sojuzga con mayor imperio á la naturaleza y crece en derechos como en fuerzas. Dadle nuevos medios y vereis como cambia de cultura. Augusto no hubiera creído al hombre que le dijera en su tiempo: Mira, los cuatro elementos de Aristóteles serán descompuestos en otros cuerpos simples; un ingrediente que se llamará pólvora, perforará y hará saltar vuestros muros, abrirá como las hojas de un libro el seno de vuestros montes; con unas letras de plomo se reproducirá hasta lo infinito el pensamiento de los hombres, como el follaje de las selvas; los ciudadanos de Roma irán en tres días desde las orillas del Tíber á las orillas del Bétis, atravesando por las entrañas mismas de los Alpes; descubriráse un Nuevo Mundo en el extremo Occidente, y á pesar de que millares de leguas le apartan de Europa, se comunicará con Europa por medio de las chispas del rayo en algunos minutos; aprisionaremos un reflejo del sol, un resplandor de las estrellas, y probaremos experimentalmente que nuestros mismos minerales se hallan diseminados por todos los mundos, y probaremos hasta tocarla con las manos, la fundamental unidad del Universo. ¿Creería todo esto Augusto? No lo creería. ¿Por qué, pues, hemos nosotros de poner en tela de juicio la utopía?

Pues el socialismo ha encontrado los medios de separar el mundo porvenir de nuestro mundo con milagros mayores que aquellos que separan nuestro mundo moderno del mundo de Augusto. Este medio es la asociación por falansterios. Es el falansterio una especie de municipio, de comunidad que se encierra en colosal palacio, donde se albergan mil seiscientas personas. Allí hay tierras para el cultivo, máquinas para la industria, instrumentos para el trabajo, inspiración para

las artes, alimento y pábulo para el empleo de toda actividad y para el desarrollo de todas las pasiones. Mil cuatrocientas personas contienen toda la escala de las pasiones, toda la diversidad de los humanos gustos, todas las diferencias de caracteres que pueden caber dentro de la humanidad; serán, pues, una humanidad en pequeño. Reunidas en el falansterio estas pasiones, podrán desarrollarse con robustez y sostenerse mutuamente con fuerza. Fundado un falansterio, brotarán y se diseminarán sus iguales por toda la tierra. En siete años se habrá transformado el planeta. En setenta mil años se habrá convertido este planeta, ya transformado, en paraíso tan hermoso, con cielos tan espléndidos, con tierra en cosechas de bienes tan abundantes, que la humanidad robustecida, trasfigurada, despidiendo de su palabra ideas no soñadas, de sus sienas luz nunca vista, de su corazón torrentes de amor nunca sentido; con nueva alma, con nuevo organismo, irá ascendiendo á esferas superiores hasta trasladarse al seno de otro nuevo y más hermoso planeta.

Conseguiráse esto de una manera muy sencilla; en vez de dominar los deseos, soltarlos; en vez de contrariar las pasiones, avivarlas y fomentarlas. Cada sér tiene un destino que cumplir. A su destino particular, al cumplimiento de este destino, va el hombre llevado por el impulso de irresistible deseo. Los seres morales no son inertes, como no son inertes los seres materiales. Lo que en estos es movimiento, en aquellos es actividad. Todos los hombres, todos, trabajan de grado en algo. Lo necesario es dejar que las inclinaciones se desarrollen libremente, porque nos llevarán como la gravedad lleva á la piedra á su centro, nos llevarán á la realización de nuestro destino. De aquí el célebre axioma: «Las inclinaciones son proporcionadas á los destinos.» Pero esta sociedad, mal organizada, lo destruye todo. Padres egoístas destinan al templo, al sacerdocio el hijo robusto y enamorado que la naturaleza destinara al

amor y al matrimonio. Nace al pié del trono un Luis XVI, que fuera buen cerrajero, abandonado á sus instintos, y que ha sido un mal rey, como Carlos IV hubiera podido mantener su familia con solo emplear su actividad en la caza, y no tuviera así ocasión de perder infamemente desde el trono á su ilustre é infortunada patria. La naturaleza ha querido que todas las grandes obras se engendren en el amor y el placer juntamente, como se engendra la obra magna por excelencia, la obra de la propagación de nuestra especie. Si cada hombre ejerciera su actividad con arreglo á su deseo, y llegara á su destino llevado por sus pasiones, su vida sería un placer incesante, continuo, mientras que ahora el mundo es una sociedad de penados y de forzados. Dejád el mundo al impulso de las pasiones, y vereis como la marquesa, que hoy se fastidia en su gabinete, desciende al río á lavar su ropa entre alegres canciones y fiestas; como el profesor que se consume contra su voluntad contando diptongos, se convierte en carnicero; como el gañán arroja sus abarcas y se calza primoroso zapato de baile para cumplir su verdadera vocación, que es el placer, y entrar en su propia esfera, que es el gran mundo; como Neron, lejos de gobernar á Roma, para lo cual no había nacido, se va de teatro en teatro, de circo en circo, tocando la flauta, tañendo la cítara, mal emperador por los errores y las fuerzas sociales, y divino y consumado artista desde que se entregó á los impulsos y á las vocaciones de su privilegiada naturaleza.

La atracción rige, pues, el Universo como la sociedad. Y si es una misma la ley cósmica y la ley social, quiere decir que habrá analogías entre la naturaleza universal y la naturaleza humana. Las hay. En el Cosmos existen tres principios; Dios, materia, universo; el movimiento de los mundos produce numéricas armonías; el crecimiento y desarrollo vegetal tiene sus proporciones y simetrías; el organismo animal está coordinado

por consonancias aritméticas; y la humanidad, sacada de esta civilización artificiosa, distribuida por el mundo con arreglo á las leyes misteriosas del número, perderá las disonancias nacidas del estado social presente contradictorio con su naturaleza, y entrará de lleno en las luminosas esferas de las eternas armonías. Así, á la manera que los antiguos combinaban los números; á la manera que los ha combinado la Iglesia en sus triadas, en sus septenarios, los ha combinado el socialismo cosmológico en su falansterio. Hay cuatro movimientos análogos en el mundo; movimiento físico, movimiento orgánico, movimiento animal, movimiento (permítasenos la frase un poco bárbara en castellano), movimiento pasional. Cuando las pasiones se hayan extendido en toda su intensidad: el hombre habrá reconstituido su naturaleza en toda su plenitud; y espiritual, etéreo, habrá desarrollado una nueva fuerza, y con ella un nuevo movimiento, el movimiento aromal, porque la vida entonces se escaparía en esencia del planeta como se escapa del pebetero el aroma.

Tres objetos capitales tienen nuestras pasiones: 1.º la satisfacción de la necesidad del lujo; 2.º la satisfacción de la necesidad de agruparse, de relacionarse; 3.º la satisfacción de la tendencia hácia la unidad. El lujo es interno y externo: el interno se llama salud y el externo riqueza. Los cinco sentidos son los principales agentes de estas satisfacciones. La propensión á agruparse, á relacionarse, engendra el amor, la amistad, la ambición, el espíritu de familia. Pero sobre estas hay tres pasiones que se llaman directivas. Es la una la cabalista, que tiende á dividir, á separar los impulsos, á fin de darles más fuerzas y ejercer más influencia la pasión de la intriga. Es la otra la pasión que se llama alternante, ó mariposa, la pasión de los contrastes, de la variedad en la vida, de la multiplicación de las pasiones. Es la otra la pasión compuesta, la que engendra el entu-